

JUAN ARNAO

El Triunfo. Sep. 18/08

Uno de los españoles instruidos, que á principios del pasado siglo llegaron á Cuba, fué don José Arnao. Era náutico y Agrimensor. Su trabajo personal le produjo grandes frutos, y ya asegurado su bienestar decidió quedarse en esta isla y unir sus destinos á una cubana. Contrajo matrimonio con doña María Alfonso y de la Torre. Pasó después á Matanzas, donde nació el tercero de sus hijos,—el día 17 de septiembre de 812,—que se llamó Juan.

Niño todavía era Juan, cuando sus padres trasladaron su residencia al rico cafetal que poseían en el pintoresco Valle de Camarioca. Los primeros años de la infancia del chico transcurrieron haciendo correrías por aquellos deliciosos lugares.

En la hacienda recibía lecciones de un ilustrado profesor peninsular, más después, para emprender estudios más serios, ingresó en un afamado colegio en la ciudad de Matanzas, en el cual se educaba cierto príncipe africano que los ingleses reclamaron de las autoridades españolas.

La vista del maltratado de los esclavos, la sumisión de la desgraciada raza, produjo en su espíritu una sacudida profunda. No se ocultaba para expresar su opinión en defensa de la abolición. Esto dió lugar que á los 18 años librara un encuentro personal con uno de los más terribles comarcanos. Arnao salió victorioso, y el episodio sangriento por muchos años se refería en las veladas de los campesinos.

En Matanzas practicó el derecho con abogados de nota, y trabó amistad con los conspiradores de la época.

Españolas por Cuba, las áuras de la libertad de América, concibieron algunos cubanos la esperanza de que las huérfanas invencibles de Bolívar y Paez, cruzarían los mares para expulsar de esta tierra la dominación hispana. Fascinado estaba Arnao por los relatos de los Ayacuchos y Junín, las campañas

homéricas que se libraban al pié de los Andes, teniendo á los cóndores por testigos, y surgió entonces en su mente la firme resolución de dedicar su vida á luchar por la independencia de Cuba. Y esta idea, como en Catón la destrucción de Cartago, fué por toda la vida su obsesión.

Le mandó su padre á terminar en España la carrera de abogado. Con brillantez aprobó todas las asignaturas, rehusando tomar el título por no jurar fidelidad al gobierno.

A los 24 años se casó con doña Regla Frías, de Matanzas. Tuvo 14 hijos. Heredaron todas las energías y talentos del padre. Y, como él, defendieron á la patria y algunos le ofrendaron sus vidas.

Fué Juan Arnao modelo de hombres amantes del hogar. Tuvo que bregar titánicamente, pero siempre llevó con dignidad el peso de sus compromisos. Si su situación por momentos fué precaria, sus amigos no lo supieron; prefería morir antes que pedir. A pesar de que todo por Cuba lo había sacrificado, y que como un peregrino se veía obligado á plantar cada día en nuevo lugar su cabaña, se sentía satisfecho porque mucho más merecía la patria.

Estudió varias profesiones. Derecho, medicina, ingeniería, agricultura, literatura; conocía con perfección cuatro idiomas. Era su ilustración enciclopédica y eclética. Poeta y prosista, en su juventud hizo inspirados versos entre ellos la célebre oda á Bolívar; pero su genio está en sus trabajos en prosa. Muy leídos han sido los opúsculos "Páginas para la Historia de Cuba" y "Cuba, su Presente y Porvenir. Publicó infinidad de artículos sobre diversos asuntos del saber humano.

Y guardan sus hijos una novela inédita, titulada: "Tres locas por dos Libertinos".

A raíz de los trastornos de Tejas, en 1845, atraído por el movimiento que comenzaba, y creyendo que era buena la causa de los tejanos, partió á Brownsville para ofrecerles su apoyo; pero tan pronto se dió cuenta de las perversas intenciones de los americanos, que tan solo querían hacer un despojo inútil, rehusó los altos grados militares que le brindaron y volvióse á Cuba á continuar la tarea de la emancipación.

Desde que Narciso López, en 1847, inició la conspiración de la Mina de la Rosa Blanca, Arnao se comunicaba con el caudillo. Al escaparse López, para desarrollar sus planes en los Estados Unidos, la actividad de Arnao había preparado un pronunciamiento. Noticioso del desembarco y toma de Cárdenas, prósuroso corrió á secundarlo, pero antes de reunir la gente, López se había reembarcado. No por esto desmayó. Ya tenía el grado de Coronel. Para esperar el regreso de López organizó un nuevo movimiento. Las autoridades tuvieron confidencias del golpe que se intentaba dar y fué indispensable anticipar la fecha y salir al campo á esperar á los guerreros que del extranjero debían venir. Estos no correspondieron al perentorio llamamiento del jefe matancero; y el 8 de Octubre de 1850, después de haber citado á los conjurados, llegó el jefe Juan Arnao al Abra del Yumurí. Tan solo concurren á la cita tres. Reinaba el miedo en los demás, ó la explicación mejor consiste en declarar que no estaba arraigado el sentimiento patrio en las conciencias cubanas. La lucha iba á ser inútil, por la insignificancia del número. ¡Cuatro cubanos en los valles de Matanzas, revelados contra el poderío de España! Resolvieron, con sublime heroísmo, entregar sus vidas en holocausto de la patria, para servir de ejemplo á los indiferentes.

A la caída de la tarde, cuando el sol como un globo de oro se escondía por detrás de las montañas, empezó á llover. Iban en busca del lugar seguro los bravos adalides de la libertad, al

ser sorprendidos por una compañía de españoles. En la escaramuza, dos cubanos cayeron prisioneros; pero Lara Acosta y Juan Arnao pudieron escapar batiéndose con denuedo. Amparados por la obscuridad y la lluvia que con más fuerza caía, Arnao pudo llegar á una casita de baños situada en la margen del río. Parado estaba contemplando el campo donde se había ventilado la refriega, y pensando en el resultado adverso de los lisonjeros planes forjados horas antes. De pronto sonaron disparos y dos balas le atravesaron el cuerpo. Cayó desmayado, quedando abandonado en aquella soledad.

Por la madrugada tuvo fuerzas para cruzar el río y arribar á una quinta en busca de abrigo. El mayoral—un torpe isleño canario—dió aviso al capitán del Partido, que enseguida llevó á Arnao preso al hospital de Matanzas. Formáronle consejo de guerra y lo condenaron á muerte. Gobernaba el general Roncali. En esos días lo relevó José de la Concha, que indultó á Arnao. Concha llamó al patriota, elogió su valor y le aconsejó que desistiera de sus locas empresas y pidiera el puesto que gustara.

A poco del fracaso llegó Narciso López á Las Pozas. Y aunque todavía Arnao estaba padeciendo de las heridas iba á incorporarse á los invasores, con tan mala suerte que lo detuvieron en el camino.

Con el grado de general y jefe de Matanzas figuraba en el regimiento de Ramón Pintó. Esta vez lo desternaron á España. No quiso acojerse á la amnistía concedida á los revoltosos y se evadió á Portugal, y después de vivir algún tiempo en España é Inglaterra pasó á Nueva York.

Viendo á Cuba en calma quiso volver á ella. Más al oír que los cubanos pedían reformas, partió para los Estados Unidos á oponerse á la petición. El conocía á los que barajaban la situación en España y por eso predijo el resultado en brava campaña periodística en "La Voz de América."

En 1868 vino á Cuba con Manuel de Quesada, á repartir proclamas. Estaba nombrado Arnao jefe de la Habana y Matanzas. Al encontrarse sin armas ni gente que lo secundase, pretendió unirse á los insurrectos, pero los espías que le seguían la pista, lo detuvieron en Jaguey Grande y lo expulsaron del país.

Iba en la expedición del Lillian. Existía á bordo enemistad contra Domingo Goicuría, por que decían que su carácter era rudo é imperativo. La gente se sublevó y escenas lamentables hubieran ocurrido á no ser por la intervención oportuna y comedida de Arnao. En esta ocasión había dado orden secreta á su hijo de que si el barco caía en poder de los españoles que lo perseguían, volará el porvenir para evitar el bochorno de caer prisioneros.

En el extranjero era siempre de los primeros en contribuir para el tesoro de la patria. Su palabra era escuchada con respecto y placer en todos los centros. Organizó clubs revolucionarios. Colaboraba en los diarios que defendían á Cuba. Le llamaban el gran patriota de la Independencia. Enfermo iba á presidir las sesiones.

Todavía nos parece verlo en el teatro San Carlos, de Cayo Hueso, á los ochenta años de edad; grueso y corpulento y con abundante barba y melena blanca; con la mirada escudriñando si era grande el entusiasmo; el público aplaude con frenesí; Arnao, con la gravedad de un patriarca se pone de pie, agita la campanilla y con voz segura conjuga la palabra al Gran Martí.

Fué de los fundadores del Partido Revolucionario Cubano. Primeramente no acogió con vehemencia á Martí; pero no tardó en reconocer que era el hombre llamado á encender los abatidos ánimos. Y como hombre puro y leal confesó á Martí lo que antes pensara y lo que ahora esperaba. Martí agradeció tanta sinceridad y la expresó con un abrazo.

Su corazón se conmovió, en 1895, al saber que de nuevo los mambises estaban en la arena. Y ni los 82 años lo retenían en su casa; siempre andaba en

búsqueda de noticias y presente en los mitines y fiestas de la patria.

Tan pronto cesó la dominación española, regresó á Cuba. Era el 16 de diciembre de 1899.

Aun conservaba íntegra su memoria y buen juicio. Su conversación era amena, salpicada de versos y oportunos cuentos. Nadie podía cansarse de oírlo. Los años tan solo habían gastado su cuerpo.

Pobre y olvidado, á los 89 años, el 6 de marzo de 1901, murió en Guanabacoa. Antes, nadie se acordaba de que allí vivía el patriota Arnao, y apenas lanzó el postrer suspiro, el pueblo acudió á rendirle tributo.

Su vida ejemplar, sin tacha en ninguna de sus fases, honra á Cuba. Pero por desdicha sus méritos relevantes y sacrificios, recibieron el premio de la ingratitud.

Verdad es que en solemne olvido duermen los que sirvieron á la patria, y solo de vez en cuando, con un melancólico recuerdo que se pierde en el vacío, hay quien evoque sus grandezas.

Gerardo CASIOL.

*Del Excmo
Sep. 18/08.*



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA